

PRÓLOGO DE ROBIN MACKAY

EL INHUMANISMO
EXPERIMENTAL
DE NICK LAND

Nick Land fue un filósofo británico. Y, aunque todavía no ha muerto, ya no lo es. El fervor casi neurótico con que rascó las cicatrices de la realidad sedujo a muchos académicos prometedores por el camino de un arte ofensivo por su originalidad; los textos que dejó tras de sí son subversivos y contrarios al buen gusto, y nos incitan a castrarlos como «mera» literatura.

De acuerdo con el Nick Land del presente, la persona que escribió los textos aquí reunidos ya no existe. Sin embargo, es difícil, para quienes lo conocimos, hablar de estos trabajos sin evocar al Land que los escribió. Con esto no pretendo reavivar un culto a la personalidad de su autor (algo de lo que el propio Land fue acusado en su momento) sino dejar en claro que son el remanente de una serie de experimentos. *Experimentos mentales*. Pero no de la clase que los filósofos llevan a cabo desde la tranquilidad de sus sillones, puesto que el Land que escribió estos textos fue uno de los pocos preparados para dejar que el pensamiento lo arrastrara lejos de la comodidad contemplativa; para arriesgarse él mismo en nombre de la filosofía, incluso si, en el proceso, debía repudiar ese nombre antiguo y sus tradiciones.

Como dijo Iain Hamilton Grant (antiguo alumno de Land, y en la actualidad un filósofo de reconocido prestigio): «En la última mitad del siglo XX los académicos discurrían interminablemente sobre el *afuera*, pero ninguno se aventuró realmente allí. Land, en contraste ejemplar, hizo

experimentos en lo desconocido, insoslayables desde una filosofía nacida de los aullidos abstraccionistas de la cibernética pospolítica.» Land cortejó el «afuera» de la filosofía y lo combinó con otras disciplinas (nanotecnología y ocultismo, informática y antropología...). Pero indagó ese «afuera» en un sentido más radical, ya que su exploración interdisciplinaria fue llevada adelante con un objetivo único: escapar del conservadurismo antrópico del «pensamiento filosófico», de por sí desgajado del sentido común y producto de procesos evolutivos cuyas contingencias fueron determinadas por la historia geológica del planeta. El combate de Land contra lo que él mismo llamó el «Sistema Humano de Seguridad» (resultado final del asfixiante legado cósmico de «estratificación» que normaliza y limita lo que puede hacer el pensamiento) volvió necesaria una búsqueda incansable de nuevos puntos de vista. ¿De qué otra forma podríamos encausar este combate, acaso imposible, contra la prisión del pensamiento en las formas cósmico-reaccionarias de lo social, lo institucional, lo personal y lo filosófico?

En 1992, cuando entré por primera vez en la Universidad de Warwick (un severo edificio de hormigón que se levanta bajo la llovizna gris de las Midlands), yo era un adolescente imberbe y nervioso que albergaba la esperanza de que la filosofía pudiera concederme el pasaje a alguna forma de «afuera» (o, al menos, a una aventura intelectual). En pocas semanas, al borde de la derrota completa a manos de la realidad horrorosa y desilusionante de la vida académica, fue un alivio encontrar a un docente que podía decir cosas con sentido: «Pensad la vida como una herida abierta en la que hurgamos con un punzón para entretenernos.» O: «La filosofía consiste solamente en una cosa: causar problemas.» Land toleraba que yo pasara el rato en su despacho fumando y bebiendo café mientras él (por lo general hiperexcitado y sacudido por los estimulantes) trabajaba ante la pantalla verde de su cómicamente anticuada computadora Amstrad y se afanaba en articular sus más recientes intuiciones detonadas por la biología molecular, la nanotecnología o la neurociencia.

Era imposible no quedar impresionado ante la certeza de que la vida de ese hombre estaba volcada por completo en su trabajo, y que para él la filosofía no era algo que hacer de nueve a cinco ni tampoco un atajo hacia la autoafirmación personal en su sentido más convencional. Land se tomaba con total seriedad la aspiración (con la ridícula megalomanía que la acompaña) de resumir todo el conocimiento dentro de un vasto marco especulativo. Tenía una habilidad especial para abrir las mentes de sus estudiantes a los conceptos básicos de la historia de la filosofía de una manera que hacía ver el pensamiento filosófico como algo muy concreto y urgente: un arsenal para «causar problemas», un kit de herramientas para escapar de todo lo que fuese lúgubre, aburrido y restrictivo.

Antes de conocer a Land yo había oído los rumores que circulaban sobre él entre los nuevos estudiantes desconcertados por sus dichos: ¿Land *de verdad* sostenía haber vuelto de entre los muertos? ¿*En serio* creía ser un androide enviado desde el futuro para poner fin al Sistema Humano de Seguridad? En persona desmentía estas afirmaciones escandalosas (dos que había efectivamente puesto por escrito) y se mostraba amable, amistoso y, todavía más, dispuesto a debatir honestamente con quien fuese. Había pagado sus deudas con la filosofía y era capaz de salir airoso de cualquier debate con cualquier catedrático; debates que muchas veces terminaban con vituperios e insultos, dada la acritud que Land sentía hacia el conservadurismo de la institución. Además, él prefería pasar el tiempo en el bar, con estudiantes de pregrado, y siempre pagaba las rondas, fumaba todo el tiempo y conversaba animadamente (a ser posible, con vehemencia) sobre cualquier tema concebible.

Probablemente Land no fuera el mejor docente, al menos si lo pensamos desde el punto de vista de ofrecer una formación sólida y sobria sobre un tema determinado; pero, más importante aún, sus lecciones estaban cargadas con un aire genuino de emoción, más como un Deleuze en la Sorbona allá por 1968 que los tediosos cursos de epistemología que había que atravesar en una universidad provincial británica en los

noventa. El curso que impartía, precisamente, llevaba el título de «filosofía francesa *contemporánea*» (algo que de otro modo hubiese quedado fuera de nuestro currículo), y lo más importante de todo era que su docencia efectivamente se nutría de las investigaciones que llevaba a cabo. Esto era algo inaudito: ¿que la filosofía estuviera *haciéndose* sobre la marcha, en lugar de quedar reducida a una interpretación de segunda mano? Land arrojaba a sus estudiantes al interior de un vórtice especulativo de filosofía, economía, literatura, biología, tecnología y disciplinas todavía sin nombre, antes de dejarlos a todos inmóviles con alguna afirmación asombrosa o enigmática. Cuando hablaba, solía dar vueltas por el aula, o se encaramaba distraídamente sobre las sillas como una exótica cabra de montaña o una gigantesca mantis religiosa.

Para Land todo empezó con Kant (cuya *Crítica* había leído como una dramatización inconsciente de la pugna entre el conservadurismo social y los poderes corrosivos del Capital), y continuó con las críticas salvajes a la *Crítica* kantiana desarrolladas por Nietzsche y Schopenhauer, o por el propio Bataille, para quien la problematización y la búsqueda continua de conflictos eran categorías superiores al orden. A la vez, su formación había hecho un hincapié especial en el pensamiento de Heidegger y en la deconstrucción, y, si bien decía rechazar a esta última, lo cierto es que sus propósitos básicos no fueron por completo descartados en su trabajo. En cualquier caso, Land encontraría su inspiración fundamental en la ambiciosa «historia universal de la contingencia» que es *Capitalismo y esquizofrenia*, de Deleuze y Guattari, una obra a la que quiso arrancar de su matriz política, francesa y sesentayochista –ya que, de acuerdo con Land, esta obra contenía una carga conceptual capaz de hacer volar sus propias ambiciones tradicionalmente «políticas».

Incluso en su momento más temprano la obra de Land mostraba brillantez filosófica y una enérgica determinación (una impaciencia, de hecho) en relación a las fuentes arriba señala-

das. Pero, hacia mediados de los noventa, fue como si hubiera sido accionado un interruptor que disparó a Land fuera de todo circuito conocido de estudios en filosofía e imprimió un flujo de energía enteramente nuevo a su escritura, la cual cambió de forma, estilo y contenido (volviendo a los tres virtualmente indistinguibles). Elementos cada vez más extraños fueron amalgamándose con una argumentación filosófica que, a su vez, bebía de los exponentes más extravagantes del postestructuralismo (Deleuze y Guattari, Lyotard y su *Economía libidinal*), para dar a luz a un género enteramente nuevo de «teoría-ficción». De este modo Land volvió a encender lo que percibía como el fundamento del heideggerianismo, el estructuralismo y el postestructuralismo: la escenificación de un escape de la historia del pensamiento occidental. Pero se había vuelto necesario renovar los esfuerzos: a pesar de ellos mismos, estos movimientos habían depuesto su antihumanismo incipiente en manos de una casta sacerdotal ratificada institucionalmente –ese culto precioso, contemplativo, deslibidinizado y francófilo de la «filosofía continental», que se aglomeraba triunfalmente en la academia angloparlante de los noventa.

Land perseguía una forma nueva de pensar, y para encontrarla se propuso llevar a cabo un experimento *con* la escritura; pero al hacerlo también fue *más allá*. La búsqueda de una «señal» que no fuera meramente un reflejo repugnante y narcisista del Sistema Humano de Seguridad debía demandar un desprecio total por cualquier método normativo. Land no procuró canales de comunicación con el «afuera» mediante una crítica interna e interminable de textos filosóficos, sino a través de la cultura popular: en las sensibilidades de la primera generación que creció rodeada por tecnología; en las extrapolaciones ciberpunk de escritores como William Gibson, que dieron cuenta de esa generación «reprogramada»; en el shock del futuro narrado por películas como *Terminator*, *Blade Runner* y *Videodrome*; en el reformateo rítmico del cuerpo en la cultura *dance* y en el antilenguaje híbrido y los *cut-up* de los sonidos digitalizados que la impulsaron (especialmente el *jungle*, que a

mediados de los noventa empezaba a emerger). En estas prácticas Land vio al tánatos (la pulsión de muerte, el afuera desconocido) insinuar su avance por lo humano a través del eros. La producción desenfrenada de nuevas aventuras eróticas en el seno del capitalismo inauguró una transformación de lo humano que cortó sus vínculos con el pasado (vínculos culturales, familiares y en última instancia biológicos) y convocó nuevas e inorgánicas distribuciones del afecto. Comparados con lo *conocido* (los estratos de redundancia orgánica en los que «lo humano» todavía yacía sepultado), estos nuevos *desconocidos* debían ser afirmados sin titubear. Y el pensamiento filosófico también debía engancharse al eros si pretendía abordar estas nuevas posibilidades. Consecuentemente, más que limitarse a escribir *sobre* estos asuntos, Land propuso liberar las fuerzas movilizadoras de la deshumanización y destilarlas en forma de «microculturas experimentales»: intensificar la ruina del lenguaje ocasionada por el capitalismo a través de prácticas nuevas de escritura, oralidad y pensamiento, pero también reconectando el cuerpo a sus trasfondos «moleculares» y relajando la constitución física y vocal que lo mantenía encerrado en aquel régimen de significación.¹

En virtud de este enfoque Land no sólo renunció al respeto de sus pares académicos sino que, en más de una ocasión, perdió también la confianza de sus simpatizantes, mientras buscaba por todos los medios taladrar los estratos sedimentados del comportamiento humano normativo. Siguieron episodios extraños: un seminario sobre *Mil mesetas* en el que se alentó a sus desconcertados participantes a que «leyeran» los títulos de los capítulos convirtiéndolos en acrónimos trazados como vectores sobre el diagrama de un teclado QWERTY («qwertología»); un experimento de tres semanas de duración que consistió en negarse a hablar en primera persona y, en lugar de ello, referir a la entidad colectiva «Cur» –que comprendía a los participantes más comprometidos del curso de «Current

1 Ver «Barker en conversación: Entrevista del CCRU al profesor D.C. Barker», en este volumen.

French Philosophy» (Filosofía Francesa Contemporánea), y que terminó por convertirse en un seminario permanente y móvil-; y, quizá el capítulo más recordado, su participación en la conferencia *Futuros Virtuales* de 1996, donde en lugar de leer una ponencia Land colaboró con el colectivo de artistas Orphan Drift bajo el nombre «CabezaPerro SurGería» y, con música *jungle* de fondo y la espalda contra el suelo (una «serpiente-en-devenir» como primer estadio en la desestratificación del cuerpo), empezó a croar invocaciones enigmáticas intercaladas con secciones de los poemas que escribió Artaud en el manicomio.² En esta delirante telegrafía vocal el significado parecía desintegrarse en mera sustancia fonética, fundido con los *beats* para incidir directamente en el inconsciente. Mientras Land hablaba con su extraña voz de estrangulado (ese «tono... absurdamente alto... [que] los antiguos adoradores del demonio describieron como plateado» y que luego llegaría a aterrar al propio Land, según él mismo declaró),³ empezaron a oírse risitas entre la audiencia; la voz demoníaca vaciló por un instante, pero Land hizo pesar más su misión que esa inseguridad momentánea. Así, a medida que la «performance» seguía adelante, la audiencia quedó en silencio: todos se miraban sin entender, como si se hubiesen metido por error en un funeral. Para Land la vergüenza era una de las inhibiciones rudimentarias que deben ser anuladas si se pretende explorar lo desconocido, en contraste con las fuerzas de domesticación académica, que normalizan todo a través de una sensación de desubicación y vergüenza ante los Maestros, ante el edificio de todo lo que hay que aprender.

Quizá como resultado de esta concepción tan amplia de la «filosofía», sólo unos pocos entre mis compañeros de entonces ocupan ahora posiciones en la academia (y si lo hacen es marginalmente o en escuelas de arte, en lugar de departamentos de filosofía). Asimismo, puedo contar entre ellos a novelistas

2 Texto recogido en este volumen con el título «KatasoniX».

3 Ver «Un chiste de mal gusto», en este volumen.

(Hari Kunzru, James Flint), músicos (Kode9, uno de los progenitores del *dubstep*) y escritores como Mark Fisher (autor de *Realismo Capitalista*).⁴ Otros han sondeado a Land desde la distancia, entre ellos el escritor iraní Reza Negarestani, quien lo rastreó en la web y dio comienzo a una larga conversación on-line que condujo a la escritura de la extraordinaria *Ciclonopedia*.⁵

En su momento, los *happenings* en Warwick atraían también a personas ajenas al alumnado: Russell Haswell, ahora un conocido artista sonoro y *DJ*, recuerda haber llegado desde la ciudad vecina de Coventry a raíz de los rumores sobre ideas extrañas expuestas por Land y compañía. Los artistas Jake y Dinos Chapman, hoy mundialmente aclamados, descubrieron la obra de Land y le encargaron en 1996 un texto para el catálogo de su primera gran exhibición en el ICA de Londres. Una de sus obras ahora (des)honra la portada de *Fanged Noumena*.⁶

En 1995, tras la llegada a Warwick de Sadie Plant (autora de la historia situacionista *El gesto más radical*⁷ y el manual ciberfeminista *Ceros+Unos*),⁸ las actividades experimentales de Nick Land encontraron una base institucional provisoria en la Unidad de Investigación de Cultura Cibernética (Cybernetic Culture Research Unit, en adelante «CCRU»), un grupo de trabajo conducido por estudiantes que, tras la prematura partida de Plant, el depar-

4 Mark Fisher; *Realismo Capitalista: ¿no hay alternativa?*, Caja Negra; Buenos Aires, 2016. Traducción de Claudio Iglesias.

5 Reza Negarestani; *Ciclonopedia: Complicidad con materiales anónimos*, Materia Oscura; Madrid, 2016. Traducción de Hugo Castignani.

6 Nick Land; *Fanged Noumena: Collected writings (1987-2007)*, Urbanomic; Falmouth, 2011.

7 Sadie Plant; *El gesto más radical: la internacional situacionista en una época postmoderna*, Errata Naturae; Madrid, 2008. Traducción de Guillermo López Gallego.

8 Sadie Plant; *Ceros+Unos*, Destino; Barcelona, 1998. Traducción de Eduardo Urios.

tamento de filosofía negó que nunca hubiese existido.⁹ Tanto dentro como fuera de la universidad, el CCRU organizó eventos e intervenciones («Virotécnicas», «Enjambráquinas», «Afrofuturos») donde la teoría era usada como un elemento más junto a la música, el arte y la performance, siempre con una combinación esencialmente «landiana» de rigor conceptual y métodos experimentales como columna vertebral. Además, el CCRU publicó de manera autogestionada una ecléctica serie de panfletos titulada *Abstract Culture* (Cultura Abstracta), descrita por la revista musical *The Wire* como «un flujo de perturbaciones conceptuales en el que reconocimientos imprevistos destellan como extrañas instantáneas de un mundo familiar». Un ejemplar de esta serie («Enjambres») incluyó el clásico landiano «Colapso», con su invocación de una tencnosingularidad planetaria y apocalíptica, réplica oscura y anticipativa al ciberoptimismo californiano de la revista *Wired*, entonces en ascenso.

Land se unió al CCRU en el desarrollo de un conjunto de mitologías o «hipersticiones» cuasilovecraftianas, al tiempo que abundaba en declaraciones sobre estar habitado por diversas «entidades» (*Cur*, *Vauung*, *Can Sah*) que incluían una personificación ficcional del propio CCRU bajo la forma del profesor Daniel Barker, criptógrafo. De Barker, descendiente del profesor Challenger de *Mil mesetas* (a su vez una apropiación «hipersticional» del personaje de Arthur Conan Doyle), se decía que había desarrollado la «Teoría Cósmica del Geotrauma», combinación de la teoría freudiana del trauma con una perspectiva sincrética de la historia natural del planeta. La geotraumática, esbozo de un sistema especulativo ficcional, reunía elementos tan diversos como la geología y la evolución microbiana con la biología humana y la vocali-

9 Sobre el CCRU, véase el artículo de Simon Reynolds, «Renegade Academia»: <http://energyflashbysimonreynolds.blogspot.com/2009/11/renegade-academia-cybernetic-culture.html>

zación, a la vez que reinterpretaba la historia de la Tierra como una serie de traumas enquistados de los que la subjetividad humana era el síntoma. «Barker» buscó un híbrido de la genealogía nietzscheana, el estratoanálisis de Deleuze y Guattari y la teoría de la información como manera de «descifrar» el dolor cósmico: crear una geocriptografía esquizoanalítica para reemplazar el psicoanálisis edípico.

En las obras de este período, a la especulación antihumanista de Land se le añadía un regodearse con los juegos de palabras y un aprecio renovado por las fuentes antropológicas, mitológicas y psicoanalíticas de *Capitalismo y esquizofrenia*. Le encantaba «fundirse» con el CCRU, que pronto se volvería una «microcultura» de culto. Sus escritos, arcanos e inatribuibles, referían a entidades extrañas e inhumanas, personajes hipersticionales y panteones sincréticos aún hoy perturbadores e irresistibles. Es como si el grupo hubiese logrado acceder colectivamente a dominios hasta entonces desconocidos de arquetipos inusitados, a la vez que borroneaban la línea que separa lo real de eso que ellos llamaron lo «hipersticional»: ficciones capaces de volverse realidad a sí mismas a través de una práctica colectiva.

De todas formas, Land terminó por desvincularse del CCRU al tiempo que toda su hibridización intelectual y actividad microcultural encontraban una forma concentrada y esquemática en el pensamiento y la práctica de lo que Deleuze y Guattari esbozaron en *Mil mesetas*, no sin cierta vaguedad, bajo el nombre de «número numerante nómada». La tecnología digital, según Land, develó un aspecto de los números capaz de substraerlos completamente de esas estructuras de poder del significado y la significación que habían convertido al lenguaje en una prisión para el pensamiento; incluso despegó a los números de los dominios estratificados de la matemática para emplazarlos en un plano puro y bidimensional de materialidad inmanente habitado apenas por «tics». Land creía que si aceleraba el experimento planetario/silicolonizador del capital para fijar la cultura humana en estos números-tic y así despedazarla, le sería posible completar lo que la decons-

trucción apenas podía alcanzar gesticulando, entregada a sus ciclos interminables de titilación filosófica. Es decir, lograría dismantelar el poder institucionalizado en el lenguaje y el significado, y abrir así un canal de comunicación fiable con lo desconocido –una pura dispersión material no procesada de antemano por modelos tomados del pasado.

Land dormía el menor tiempo posible, vivía en su oficina y se encontraba sumido en una intensa investigación «mecanómica» que incluía barajar símbolos en la pantalla verde de su computadora obsoleta, interminablemente, hasta el fin de la noche. Con la visión romántica del escape por medio de la acción colectiva libidinizada como punto de partida, arribó (en apariencia) a una práctica fría, abstracta e improductiva, que persiguió en su aislamiento. O, mejor dicho, retrocedió hacia una clase de poesía de la que habían sido drenadas toda expresión y significado. Y es una marca de lo que Mark Fisher llamó la «integridad temeraria» landiana que, una vez reducido el problema a un núcleo mínimo, Nick Land se entregó a éste por completo. En adelante impartiría sus hallazgos numéricos a todos aquellos que todavía escuchaban: pero nadie entendió.

Vamos a sacarnos esto de encima: en cualquier sentido normativo, clínico o social del término, Land se «volvió loco». Tan simple como eso. Sin embargo, en adelante no se conformó con documentar meticulosamente el proceso como si escribiera el parte de un experimento fallido,¹⁰ sino que asumió la progresión de su colapso como la prueba definitiva y humillante de la incapacidad humana para escapar de la «caja mental», la prisión de la identidad individual. Desgraciadamente, ya no le era posible determinar si sus epifanías especulativas habían sido (como llegó a creer en el cenit de su delirio) destellos de acceso a lo trascendental, o si fueron apenas el deterioro patético de una psique forzada hacia los límites irrisorios de su tolerancia. El experimento había llegado a su fin.

10 Ver «Un chiste de mal gusto», en este volumen.

Land no protestó cuando lo contacté para publicar sus textos, pero tampoco tuvo algo que agregar. «Es otra vida; no hay nada más que decir. Ni siquiera recuerdo haber escrito la mitad de todo eso. No quiero condenar retrospectivamente mi trabajo más antiguo, así que lo mejor es darle la espalda. Pertenece al abrazo y a las garras del dios no-muerto de las anfetaminas.»

Land llegó a publicar un libro durante la breve carrera que culminó cuando fue «retirado» de Warwick a fines de los noventa. En 1992 apareció *The Thirst for Annihilation*,¹¹ que, más que un libro sobre Georges Bataille, puede ser descrito como un libro *con* Bataille. Después de pasar buena parte del primer capítulo excoiriando (por su pusilanimidad implícita) las bibliografías interminables de fuentes secundarias, Land procede a cartografiar su propia «experiencia interior» a la hora de comunicarse con el pensamiento lacerante de Bataille. A lo largo del libro, el análisis filosófico se desintegra en poesía, autodesprecio y peroratas de un ateísmo militante. *Thirst* todavía está bien considerado hoy en día en algunos círculos, incluso puede ser tomado como un talismán por quienes acceden a él en busca de una literatura feroz y transgresora. Es, en efecto, un libro único y poderoso, pero para muchos de nosotros nunca alcanzó a capturar la amplitud y la inventiva de la mente de Land entre mediados y finales de los noventa. Finalmente, las obras dispares de ese período pudieron ser reunidas en *Fanged Noumena*, y por primera vez se volvió posible trazar la trayectoria de su pensamiento y apreciar su importancia filosófica. Cuando escribimos la introducción con Ray Brassier (también un antiguo estudiante de Nick Land y un filósofo agudo y original que jamás repudió el «embarazoso» legado landiano), comprendí cuánto de la reputación y el carisma de Land (así como su tendencia a despreciar la filosofía *tout court* a cada oportunidad y a cebar a sus enemigos con hipérboles) habían evitado toda apreciación filosófica y sistemática de su obra. Como quedó señalado más arriba, el

11 Nick Land; *The Thirst for Annihilation*; Routledge; Londres, 2002.

aporte de Land se dejó sentir en otras áreas. Pero hay que reconocer que esta influencia tiene sus raíces en la naturaleza lúcida y original de su reflexión acerca de cómo hacer «filosofía».

Estamos ante un docente joven, involucrado en una de las disciplinas más formales de la academia, quien a mediados de los noventa abordó con brío temas considerados extravagantes y que ahora son moneda corriente en cualquier debate: biotecnología, radicalismo islámico, adicción a internet, el ascenso de China como potencia económica... – todo esto aparece en *Fanged Noumena*, en textos escritos mientras los colegas de Land balbuceaban, en el mejor de los casos, sobre poesía y pintura, sobre Presencia e historia de la metafísica.

Land abrió nuevas posibilidades en un tiempo en que la «filosofía continental» comenzaba su decadencia esclerótica hacia un conjunto de facciones institucionales, cada una de ellas con sus maestros y sus biblias, sus ritos de iniciación y sus liturgias. Nos dio una manera diferente de leer la historia de la filosofía, una que la volvía viva, feroz, comunicativa y conectiva. Y, llegado el momento del colapso, por supuesto, el sistema vio la oportunidad de hacer acto de presencia y curar la herida, borrando de paso cualquier rastro de aquel camino distinto. Pero esa manera de hacer filosofía comienza a ser redescubierta por una nueva generación de pensadores que, cansados ya de la prisión del «texto», empiezan a preguntarse cómo «pensar el afuera».

La obra de Land, con su intransigencia, también poseía (y de hecho conserva) la habilidad de polarizar. Por un lado, su aspecto más temerario (la celebración del capitalismo por su poder de dismantelar tradición, organización y jerarquía) resulta indigerible para las izquierdas. Pero es precisamente de esta manera que ofrece una alternativa vigorizante a la ética humanista más piadosa y bonachona, así como también a la política voluntarista del «acontecimien-

to» milagroso con que han traficado Badiou y otros en tiempos recientes. Por el otro lado, las derechas deploran igualmente la irresponsabilidad de Land, su abandono de la pretensión de vincular de manera constitutiva el vector del capitalismo a algún programa humano positivo.

Land se desempeña actualmente como periodista en Shangái («neo-China», solía llamarla en los días en que su horizonte futurista no era sino una profecía febril) y todavía, de vez en cuando, publica en la web sus comentarios formulados en una singular aleación periodístico-especulativa. Estas notas dan testimonio del talento único de su autor para abordar el estado del mundo contemporáneo de manera directa e informada, sin renunciar a la ambición filosófica de construir una «historia universal» de nuestra locura global.

Una de las tesis más memorables de Land es la que señala que, en virtud del proceso de retroalimentación positiva de la artificialización capitalista de la Tierra, ese proceso duplica su intensidad en una pauta de períodos de duración decreciente:

La cultura de la supresión progresiva converge con la singularidad terrestre del colapso y acelera a través de su paisaje adaptativo potenciado por la tecnología digital, pasando por umbrales de compresión normalizados en una curva logística intensiva: 1500, 1756, 1884, 1948, 1980, 1996, 2004, 2008, 2010, 2011...

Nada humano saldrá con vida del futuro.

[...]

El tiempo basura llega a su fin.

¿Podrá eso que te juega pasar al nivel 2?¹³

12 <http://www.ufblog.net/>

13 De «Colapso», en este volumen.

Para Land, esas propuestas teóricas fueron además máquinas de estimulación, artefactos construidos para fusionarse con (y acelerar) el proceso planetario que permitirá que el «cuerpo sin órganos» se libere de una vez por todas de su piel humana. Si la filosofía se vuelve por consiguiente una especie de *hype* (o «hiperstición», para usar el neologismo del CCRU), ¿están sus detractores en lo cierto, entonces, cuando afirman que el panorama propuesto por Land es en última instancia indistinguible de una aceptación pasiva de la agenda «neoconservadora», es decir, que la defensa teórica de la «aceleración» no hace sino apuntalar en la práctica las estructuras de poder capitalistas en lugar de desmantelarlas, sea de manera revolucionaria o progresiva?

Es verdad, en efecto, que el intento landiano de alcanzar el núcleo incandescente del proceso planetario a través de conectar el pensamiento conceptual a la energía cultural libidinizadora se mantuvo siempre en equilibrio entre un romanticismo de la abolición del capitalismo y un deseo dudoso de identificarse con los fenómenos «intensos» y «excitantes» presentados por éste. Land poco a poco abandonó (por considerarla demasiado conservadora) incluso la «cautelosa» división propuesta por Deleuze y Guattari entre un lado «bueno» del capitalismo, el desestratificador, y los mecanismos «malos» de reterritorialización. En nombre de un odio no negociable por la bola y cadena de lo humano, Land arriesgó acaso una capitulación al por mayor ante esos nuevos poderes (humanos, demasiado humanos) que se adueñarán de la Tierra tan pronto como las viejas estructuras de poder sean desmanteladas, y que harán uso de todos los reflejos fundamentales del *Homo sapiens* para sus propios fines, banales en última instancia.

Pero adoptar este punto de vista implica evitar la confrontación con los aspectos más potentes del pensamiento de Nick Land. Su herejía fue doble: consistió no solamente en «colapsar» la escritura de manera implícita en el proceso que descri-

bía sino, también, en dedicarse a pensar el *verdadero proceso* de la invasión de lo humano por parte del Capital (y el legado de este proceso en el seno de la filosofía) a la vez que se admitía la risible impotencia del «hombre» frente a este proceso. Y en cuanto a esto, Land aún no ha sido desmentido, pese al resurgimiento reciente del pensamiento más ilusionado. Su obra plantea aún, y de múltiples maneras, el desafío de pensar la vida contemporánea sobre la Tierra: un planeta pilotado desde el futuro por algo ajeno a la intención humana colectiva, y de lo que no podemos pretender que guarde relación alguna con la razón o el progreso.

© Robin Mackay - 2012

Aceleración y colapso: Los escritos de Nick Land (1987-2017)

Traducción de Ramiro Sanchiz

© Holobionte Ediciones - 2019